

Gérard Chaliand

“Abril, es el mes más cruel: engendra
lilas de la tierra muerta, mezcla
recuerdos y anhelos, despierta
inertes raíces con lluvias primaverales”

T. S. Eliot, “La tierra Baldía” del fragmento “El entierro de los muertos”

Fosas comunes como lugar de nacimiento, escribe Gérard Chaliand. Titula su libro “Memoria de mi memoria” de manera de adelantarse al olvido venidero, de dirigirse a un destinatario/lector ya no como testigo sino como resto.

El epígrafe de Eliot con que comienza el libro es del poema “Tierra baldía”, allí el poeta se pregunta: “¿aquel cadáver que plantaste el año pasado en tu jardín ha empezado a germinar? ¿Florecerá este año?”

Florece en la obra de Gérard Chaliand.

No me referiré a la saga de una familia desandando el horror de la catástrofe, sino en el acto de escritura de una historia que Chaliand poetiza desentrañando el lugar del testimonio.

Sabemos que el sobreviviente toma al mundo civilizado como testigo y da a ver.

La “muestra”, la “mostración es una “demostración”. En la esfera de lo visible: el espectro de la demostración entre la historia y la

imagen es un llamado desesperado del testigo, una guerra por la mirada del otro sobre la destrucción y la atrocidad. Una operación sobre el ojo, la calamidad del sobreviviente. Desde el principio el verdugo está allí delante del sobreviviente diciendo: “Pruébalo, pruébalo si puedes” repitiendo la escena del ritual negacionista.

Ahora bien, ¿hay que responder al verdugo?

En un sentido pre- cristiano, el concepto de antífona posee una interpretación jurídico- social que se suma a sus usos estéticos, musicales y dramáticos. La antífona consiste en la creación de una sinfonía de voces opuestas. En el *antifonisi* griego el prefijo “anti” no solo alude a lo opuesto sino también a la reciprocidad, al ponerse en lugar de. Y esto es lo que sucede en el duelo y los lamentos, ya que se atestigua, se sufre por y se revela acerca del muerto.

El “*Marturion*” griego es dar testimonio, del concepto de la antigüedad bajo el nombre de *marturion* pasamos al latín medieval: *martyria*, martirio. El latín “*testatio*” hace referencia a la atestación, para el testimonio oral o escrito. “*Testis*” proviene de la palabra tercero. La frase *unus testis, nullus testis*, habla de la necesidad de más de un testigo (implicando en el vocablo al testis o testículo, por la costumbre antigua de tocarse los testículos al jurar).

Ser testigo es también colocarse en la posición del mártir.

¿Hay que responder al verdugo?

Gérard Chaliand asume esta pregunta al colocar su texto desde el lugar de resto.

En la literatura del genocidio armenio el término resto es utilizado por Oshagan, por Zabelle Essayan y más recientemente por Denis Donikian evocando al sobreviviente desde el lugar de “averag/ averagner”: los restos, los desechos. Resto es, según Giorgio Agamben, un concepto teológico mesiánico. En la Biblia lo que se salva no es todo el pueblo de Israel sino un resto, y reza “aunque fuera tu pueblo, Israel, como la arena del mar, sólo un resto volverá a él”.

El resto, lo que queda.

Lo que queda, lo fundan los poetas, escribe Hölderlin. Es decir, la palabra poética es la que se sitúa siempre en posición de resto y puede, de este modo, testimoniar. Los poetas fundan la lengua como lo que resta, lo que sobrevive en acto a la posibilidad o a la imposibilidad de hablar.

El decir poético de Gérard Chaliand sabe que durante el genocidio no se moría, se producían cadáveres. Cadáveres sin muerte. Por eso escribe, para iniciar el rito del entierro a esa expropiación operada sobre la muerte.

¿Pero lo que recuerda, lo que hace memoria es acaso lo recordado?

“Memoria de mi memoria” ese “de” como preposición que anuncia un posesivo o mejor, quizás, un origen; o como causa o contenido. Así como cuando decimos “un vaso de agua”, memoria de mi memoria es un recordar que se nutre y cuya causa se encuentra en el recordar de un otro perdido y que ahora se internaliza en la lengua como un resto.

El libro comienza con la cita de un poeta y culmina con las palabras de otro poeta, aquel a quien la comunidad del mundo

propio le fue disuelta, aquel cuya identidad lleva la marca de la memoria hundida. Nazim Hikmet, quien en su poema Caravana nocturna escribe:

“4.400 Mehmets

de tu pueblo/

han sido enviados allí para asesinar a sus hermanos”

La ruina del mundo común, anuncia Hanna Arendt. Para que haya un mundo, hace falta un espacio visible entre los hombres, provisto de múltiples obras y habitado de relaciones que se tornan posibles gracias al espacio entre ellos.

Pero aquí tenemos fosas comunes en esta tarea de enterrar a los muertos. La conciencia del poeta como un *ethos* habla desde una desubjetivación: una memoria no suya, sino de su memoria. Un habla no completa sino un resto. Movimiento vertiginoso de la escritura donde el ejercicio de la lengua asume la responsabilidad de lo que ha tocado fondo.

Ana Arzoumanian